



Antecedentes

Aunque la colonización del Nuevo Mundo, determinada por el Tratado de Tordesillas, quedó monopolizada por España y Portugal, la incapacidad de estos reinos para consolidar la ocupación de todo el continente permitió la infiltración de otros países europeos. Para el siglo XVII, Inglaterra y Francia habían hecho incursiones importantes en Norteamérica y las islas del Caribe. Inglaterra, además de colonizar gran parte de la costa, había penetrado en la costa de Centroamérica y en las islas. Francia, por su parte, había consolidado el dominio sobre el Canadá y la Louisiana y se había aventurado en Texas, aunque por Tratado del 27 de marzo de 1721 había reconocido la propiedad española de esa provincia.

Fue el Tratado de París de 1763, que daba fin a la guerra de los Siete Años con la victoria de Inglaterra, el que determinó el futuro de la región. Francia se vio obligada a ceder sus posesiones. Canadá y el territorio al este del Mississippi pasaron a posesión de Inglaterra, que también obtuvo las Floridas españolas. España fue resarcida por Francia con Nueva Orleans y el territorio de la Louisiana al oeste del mismo río.

Al iniciarse la guerra de las trece colonias inglesas por su Independencia, fue natural que Francia, una vez que se aseguró de la factibilidad de su victoria, se aliara con ellas en busca de cierta revancha. Francia comprometió a España en la misma empresa, lo cual le permitió que al terminar las hostilidades con el nuevo Tratado de París de 1783, aquella pudiera recuperar las Floridas.

Colonización extranjera en el Imperio español

España mantuvo la posesión de la Louisiana hasta el 10. de octubre de 1800, en que Napoleón la obligó a hacer una retrocesión en el Tratado de

San Ildefonso. Dado que tanto la provincia de Texas como la de la Louisiana estaban escasamente pobladas, no existieron nunca fronteras precisas y la unión por treinta y siete años bajo la Corona española complicó aún más las cosas, sobre todo en 1803, cuando al vender la Louisiana, Francia aseguró que aquélla llegaba hasta el Río Grande.

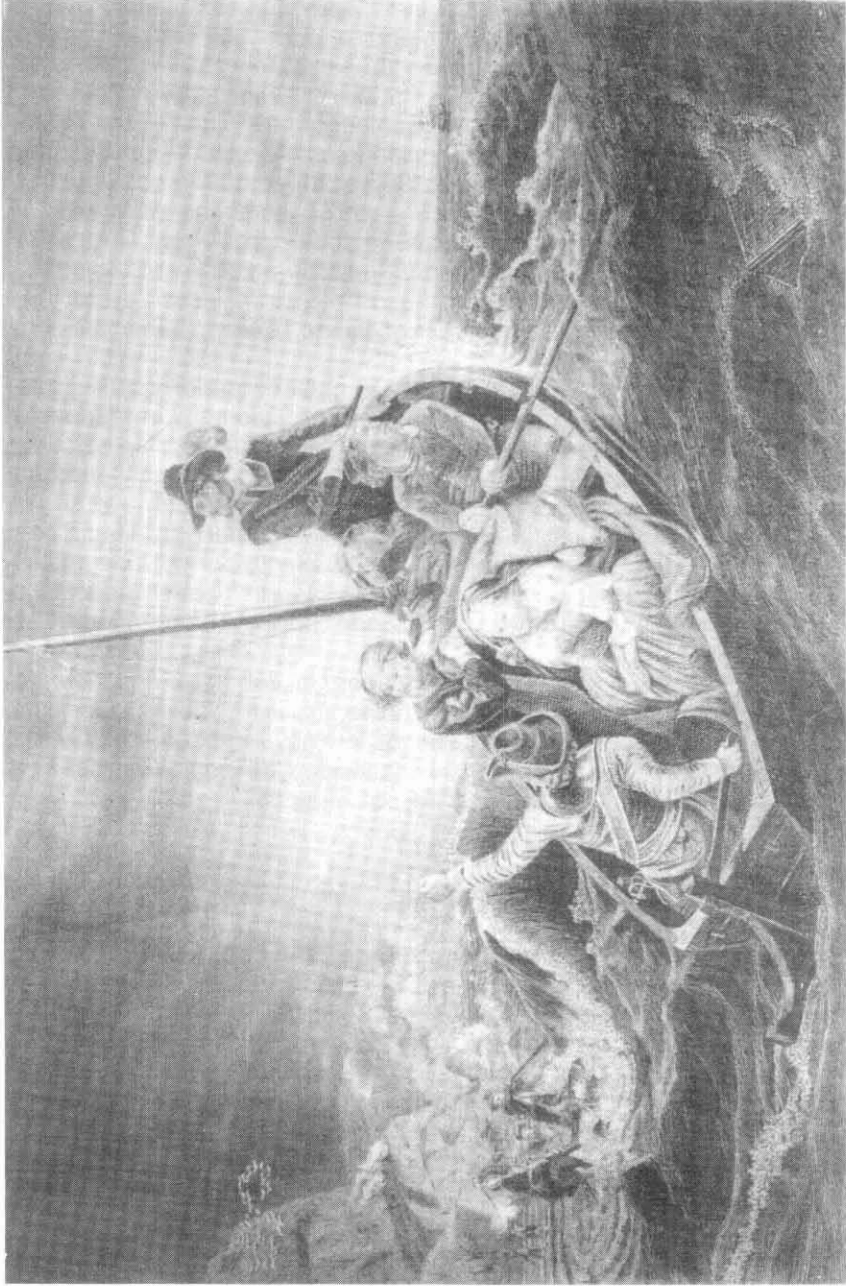
La posesión de la Louisiana por España, por ese lapso de treinta y siete años determinó muchos de los acontecimientos posteriores. La cerrazón que había mantenido el Imperio español se aflojó con la política ilustrada borbona y también por la obtención de la nueva provincia. Por vez primera, desde la pérdida de los Países Bajos, un grupo considerable de extranjeros formaba parte del Imperio, aunque esta vez fuera católico. Era un territorio nuevo y semivacío, vecino a los asentamientos expansionistas angloamericanos, lo que convertía en estratégica la necesidad de poblarlo, obligando al Gobierno a ser más flexible. Las primeras medidas tendieron a atraer franceses de la Acadia, que no diferían de la población existente y que garantizaban una resistencia a los canadienses británicos.

Con la Independencia de las Colonias inglesas, la prioridad de poblar las regiones septentrionales del Imperio se hizo más apremiante, tanto que en 1786, el Rey tomó la decisión de permitir que se establecieran en Louisiana los *tories* leales a la Corona británica, a pesar de ser *protestantes*. La medida no tenía precedente, y una vez tomada, facilitó hacer otras excepciones de carácter religioso.

La política española de colonización se caracterizó por la generosidad con que concedía tierra, en contraste con la adoptada por los Estados Unidos. La mayor parte de los colonos admitidos eran irlandeses o franceses, pero también, excepcionalmente, prusianos y holandeses. De hecho el Barón Von Steuben, un prusiano, en 1788, fue el primero en presentar todo un plan de colonización con los agricultores y artesanos a los cuales se concedería el derecho de "profesar y practicar cualquier tipo de fe religiosa."¹ Otros colonos protestantes fueron Felipe Enrique Neri, Barón Von Bastrop, quien había abandonado Holanda al ser invadida por los franceses y se había establecido desde en 1797, en Louisiana, año en que también había obtenido pasaporte español el norteamericano Moses Austin.

La expansión de ideas heréticas de la Revolución Francesa, hizo temer su efecto sobre las colonias, por lo que el Gobernador español de la Louisiana trató de revertir la política tolerante. No sólo anuló el estable-

¹ Mattie Austin Hatcher, *The Opening of Texas to Foreign Settlement*. Austin, University of Texas Bulletin, 1927, 3 p. 24.



Puritanos ingleses huyendo hacia América.

cimiento de Bastrop, sino que dictó nuevas leyes que establecían que la "libertad de conciencia no deberá tolerarse más allá de la primera generación. Los hijos de inmigrantes deben ser católicos."² La absurda ley apenas si llegó a tener vigencia, pues Carlos IV se vio forzado a regresar la Louisiana a Francia en 1800. Algunos pobladores optaron por trasladarse a Texas, y el Gobierno español, reconociendo que la retrocesión afectaba a sus súbditos, el 24 de septiembre de 1803 autorizó que, todos aquellos que lo desearan pudieran trasladarse a otros dominios españoles e introducir sus efectos personales, libres de toda carga fiscal. Entre los primeros en aprovechar la oportunidad estuvieron algunas tribus indias, algunos irlandeses, el más tarde famoso "pirata" Pierre Laffite y el influyente Barón de Bastrop. La apertura oficial de Texas se había iniciado.

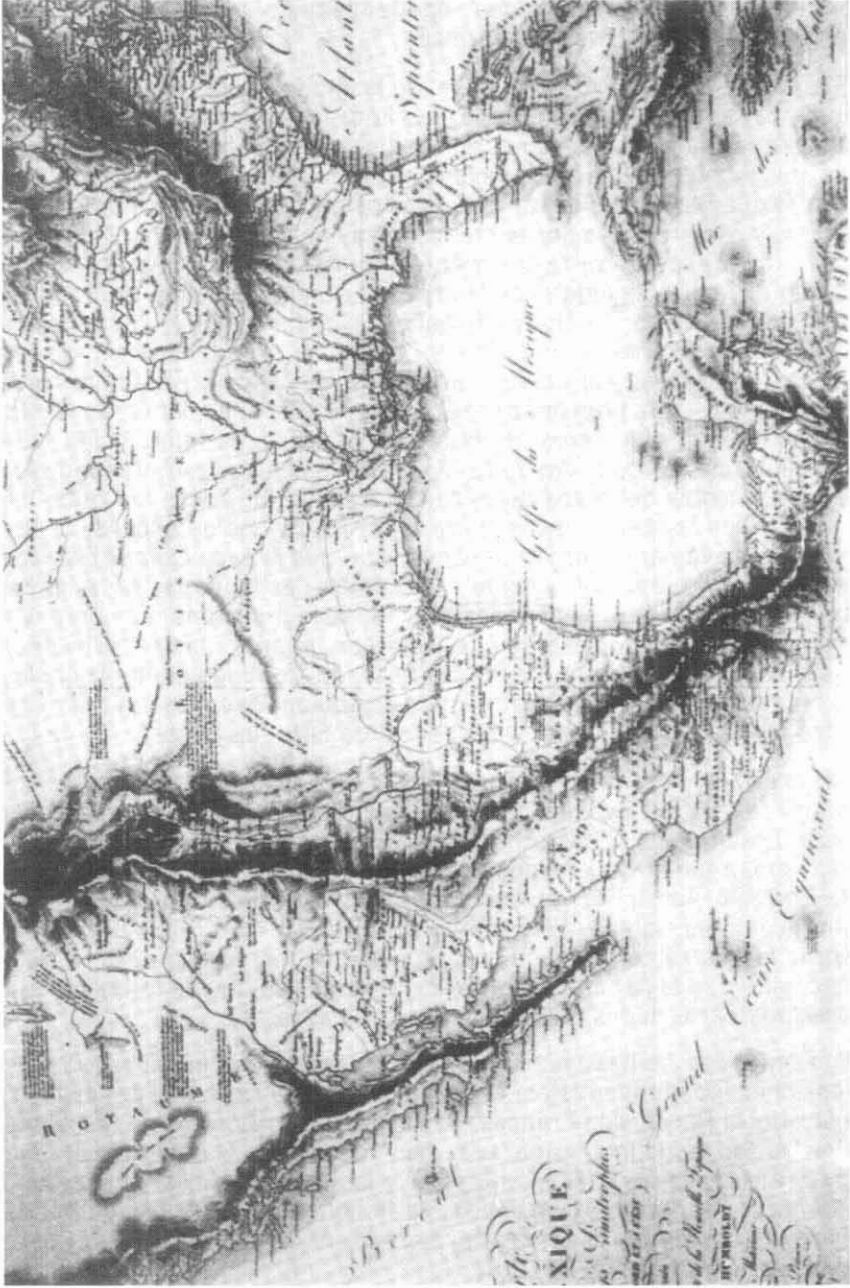
Por la variedad de colonos que entraban, el Gobernador de Texas se sintió obligado a consultar si se tolerarían otras religiones y la respuesta fue terminante: ni siquiera negros, mulatos o sirvientes podrían ser otra cosa que católicos. Para determinar las medidas a tomar, se ordenó que los nuevos inmigrantes se concentraran en Nacogdoches, mientras se les designaba lugar definitivo. Se hizo un plan en 1805, para trasladar seis mil hombres casados, pero no se pudo poner en efecto por falta de apoyo, y Nacogdoches empezó a llenarse de "ilegales", casi sin interferencia, pues la escasez de tropa, y una frontera tan grande, no permitían impedirlo.

Los atentados filibusteros norteamericanos, la debilidad española, la agresión napoleónica y la reclamación norteamericana de Texas, como parte de la Louisiana, forzó al Gobierno de la Nueva España a cerrar las fronteras en 1809, a pesar de la gran necesidad de poblar Texas, que apenas alcanzaba 3,122 habitantes y 1,033 soldados.

Expansionismo, comercio e independencia

Pero Texas se había convertido ya en un espejismo para los hombres del oeste norteamericano y para los políticos expansionistas de ese país. Hasta entonces, Nueva España y las colonias inglesas se habían ignorado mutuamente, tanto por la cerrazón española, como por los fuertes prejuicios religiosos. Pero los eventos flexibilizaron la política española, forzándola a liberar el comercio de sus colonias con naciones neutrales, siendo los norteamericanos de los primeros en beneficiarse. Más tarde España trató de revertir tal medida, pero para entonces los extranjeros se habían familiarizado con las colonias y el contrabando alcanzó proporciones

² *Ibidem*, p. 35.



Mapa elaborado por el viajero alemán Alexander Von Humboldt.

sorprendentes, que con la lucha independentista adquiriría un papel importante para la obtención de armas.

El aumento del comercio produjo el de las noticias sobre las colonias, y también de los mitos. La adquisición de la Louisiana, que acercó la frontera, estimuló el expansionismo y la curiosidad sobre sus vecinos y en especial sobre sus territorios. La pretensión de que la compra de ese territorio incluía Texas, hasta el Río Grande, provocó entre los funcionarios, especuladores y comerciantes norteamericanos afección de obtener noticias. En tal contexto, el expansionista presidente Thomas Jefferson, recibió la visita del sabio alemán Alexander Von Humboldt, quien regresaba de un largo viaje de estudios por la Nueva España y Sudamérica. Además de sus valiosas observaciones y mediciones, gracias a la colaboración de los alumnos y dibujantes del Colegio de Minería de México, Humboldt tenía cartas, planos y un gran mapa de la Nueva España. Jefferson y sus ministros lo recibieron como merecían las primicias de información fidedigna que traía, lo cual era natural que le halagara, permitiendo que hicieran una copia del mapa de la Nueva España. El mapa, sin duda, se convirtió en un excelente instrumento para los planes de expansión que Jefferson abiertamente suscribía, convencido que la evolución de Estados Unidos dictaba que inevitablemente las zonas deshabitadas de América caerían una a una en sus manos. De utilidad inmediata fue para las expediciones de reconocimiento que Jefferson organizó: la de Meriwether Lewis y William Clark, que incursionó hacia los confines septentrionales de la Nueva España (1804-1805), y la de Zebulon Pike que, en 1807, se adentró en Nuevo México y la Intendencia de San Luis Potosí.

Entonces, con cualquier pretexto, los norteamericanos empezaron a introducirse en Texas y Nuevo México, igual que lo habían hecho en las Floridas. Los ataques filibusteros se convirtieron en un problema constante en Texas, a partir de la expedición de Philip Nolan hacia el Brazos, en 1800. En 1806, Aaron Burr proyectó un ambicioso plan con la colaboración de los generales James Wilkinson y Andrew Jackson. Burr pretendía provocar la guerra con España para conquistar territorios, pero no sólo fracasó, sino que al haberse diseminado el rumor de que su intención era separar una parte de los Estados Unidos, fue apresado.

Para entonces, se habían acumulado circunstancias que favorecían las pretensiones independentistas: el ejemplo norteamericano, el pensamiento ilustrado, la Revolución Francesa, las reformas borbónicas unidas a una administración española, cada vez más ineficiente y endeudada, una verdadera carga para la Nueva España y las otras colonias americanas. Los primeros intentos fueron pacíficos y autonomistas, pero obstaculizados por los peninsulares, se transformaron en verdadera lucha independentista para fines de 1810.

Los insurgentes novohispanos veían a los Estados Unidos como modelo, y pensaban que sería fuente de apoyo, por lo que enviaron emisarios y cuando se hallaron en apuros emprendieron la huida con ese destino. Para los pragmáticos norteamericanos la lucha significaba una oportunidad para forzar a España a ceder sobre sus pretensiones sobre los límites de la Louisiana, pero también la coyuntura para que independizadas las colonias, pudieran adquirir ventajas comerciales.

Por de pronto, Texas era paso obligado por tierra hacia Estados Unidos. Escasamente poblada, vio disminuir sus habitantes al convertirse en activo centro de revolucionarios, y presenció la entrada y salida de aventureros extranjeros. Nueva Orleans se había convertido en activo centro de conspiraciones hispanoamericanas y reducto internacional de aventureros, que por la cercanía de la provincia deshabitada, la hicieron objeto de sus infiltraciones.

Fue la lucha independendista misma la que propició la oportunidad para que los norteamericanos incursionaran en la vida mexicana. Los contactos reales se hicieron frecuentes, pues el espíritu aventurero facilitó que los extranjeros se engancharan en las expediciones que los súbditos españoles rebeldes organizaban. La participación norteamericana se dio en diversos niveles; en gran parte los norteamericanos fueron simples intermediarios en jugosos contratos de compra o venta de armas, pero también colaboraron en las expediciones armadas. Una de éstas fue organizada por José Bernardo Gutiérrez de Lara, el representante de los primeros insurgentes mexicanos en Nueva Orleans, quien bajo el patrocinio de las autoridades locales enroló mercenarios, y hasta un oficial del ejército como jefe de la expedición. La empresa logró un éxito temporal que permitió la declaración del establecimiento del "Estado de Texas" el 6 de abril de 1812. Gutiérrez se daba cuenta de los peligros de una expedición semejante y en la Constitución que expidió, unos días después, declaraba la permanente unión de Texas a la Nueva España. Las autoridades españolas pudieron repeler la invasión, pero ya era patente la divergencia entre las finalidades filibusteras de la mayoría de los norteamericanos y los ideales novohispanos de libertad, que fueron víctimas de divisiones derivadas de las condiciones y de la inexperiencia.

Todos estos acontecimientos, y las ambiciones norteamericanas, hicieron que el Gobierno liberal de las Cortes de Cádiz fuera receptivo a la necesidad de colonizar ciertas provincias del Imperio, planteada por el diputado novohispano Miguel Ramos Arizpe, que representaba a las Provincias Internas de Oriente. En su "Memoria a las Cortes" hizo una excelente presentación de la problemática del Septentrión de Nueva España. Sumarizó recursos, y población de cada una de las provincias, y



Miguel Ramos Arizpe,
diputado
novohispano en las
Cortes de Cádiz.

subrayó la necesidad de fomentar la colonización de españoles en Texas, tal vez con la apertura de un puerto en las bocas de los ríos Brazos o del Grande. Su objetivo principal era señalar y subrayar la necesidad de una reforma administrativa de las colonias, haciendo notar cómo el centralismo español, por necesidad, había desarrollado una serie de prácticas que federalizaban su funcionamiento y que era urgente legitimar. Así, por ejemplo, Coahuila y Texas, dependían *en todo* del Comandante General que residía en Chihuahua, pero cada una de ellas tenía su "gobernador militar y político, quien por facultades *natas* o *delegadas*, resuelve en todo género de causas". De esa suerte lo que el diputado aconsejaba era hacer racional esa autonomía, quitarle su carácter militar y separar el ejercicio de los poderes³. Había que establecer "un cuerpo gubernativo y otro que en grado de apelación ejerza el poder judicial". Para el primero, sugería una "junta o diputación provincial", formada por individuos elegidos por las mismas provincias, con funciones de junta consultiva del gobernador

• ³ Miguel Ramos Arizpe, *Memoria sobre el Estado de las Provincias Internas de Oriente presentadas a las Cortes de Cádiz*. México, Bibliófilos Mexicanos, 1932.

y cuerpo legislativo. También destacó el hecho de que en las dos provincias solo tres poblaciones contaran con un Ayuntamiento, que vigilara el funcionamiento local. Gracias al papel preponderante, que jugó Arizpe, como vocero americano, se logró que el Imperio quedara dividido en provincias, cada una con su Jefe Político y su diputación, y en donde todo pueblo, de más de mil almas, tendría ayuntamientos de *elección popular*.

Las Cortes también se avocaron a discutir proyectos de colonización en 1813, pero el restablecimiento del absolutismo impidió que se promulgaran. El Gobernador de Texas volvió a quedar sin elementos para solucionar la disminución de la población causada por las luchas y la incapacidad de defender su territorio de filibusteros, ataques indígenas y flujo de angloamericanos que penetraban por la amplia frontera. Se presentaron algunos proyectos como el de colonizar con familias holandesas, pero el desorden reinante, durante toda la década, impidió una acción concertada.

En cambio continuaron las intromisiones rebeldes, sobre todo la que derivó de la expedición organizada en Londres por el inquieto novohispano Fray Servando Teresa de Mier, y el capitán liberal español, Francisco Xavier Mina, quienes habían entrado en contacto con el oficial norteamericano Winfield Scott, más tarde General en Jefe del Ejército que ocuparía la ciudad de México en 1847. Scott les proporcionó contactos y ayuda para una expedición de liberación de la Nueva España y su propio secretario, el flamenco Adrián Woll, se incorporó a las filas invasoras. Woll acompañó



Desde el inicio de su carrera militar Winfield Scott mostraba ya su interés hacia México.

a Mina a Nueva Orleans, donde contrataron mercenarios. Entre ellos estuvo el norteamericano Juan David Bradburn, que se mantendría dentro de las filas independentistas, llegando a ser General del Ejército mexicano, al que perteneció hasta su muerte.

Las intromisiones más frecuentes fueron como las de los hermanos Jean y Pierre Laffite, que habían sido espías del General norteamericano Wilkinson, y después aprovecharon la falta de vigilancia para establecerse en la isla de Galveston, y la de una mayoría, que simplemente cruzaba y se instalaba donde le acomodaba, entre ellos muchos prófugos de la justicia. Así, en 1819, el aventurero James Long consideró que podía aprovechar la situación de desprotección, entró, declaró la independencia y se erigió en presidente.

Para 1819 el Gobernador Antonio Martínez estaba convencido que la única solución era el poblamiento de la provincia, y desarrolló un plan de colonización interna con mecanismos para trasladar 35 familias tlaxcaltecas en Saltillo. Pero mientras tanto, la firma del Tratado Adams-Onís, entre España y Estados Unidos, ese año, replanteó el problema de los súbditos "que quisieren trasladarse a los dominios españoles", y el Artículo 5o. les garantizó el derecho de hacerlo libremente. Además, la larga experiencia de Luis Onís, el Ministro español en Estados Unidos, le había convencido de la amenaza inmediata que representaba para los territorios septentrionales del Imperio el avance norteamericano hacia el oeste, por lo que aconsejó la importación de colonos suizos y alemanes a Texas.

A esas necesidades estratégicas del Imperio, se sumaron las que planteaba la vida de los texanos, amenazados por ataques de indígenas, desplazados por el mismo avance norteamericano. El Ayuntamiento de San Antonio de Béjar⁴ planteó, en 1820, la necesidad de que se establecieran presidios que proporcionaran una defensa efectiva. En ese contexto apareció en diciembre de 1820 Moses Austin en San Antonio, quien enterado de la firma del Tratado Adams-Onís, pretendía obtener permiso para establecer una colonia en Texas, con trescientas familias, de acuerdo a la política que permitía el traslado de súbditos españoles a otras partes del dominio español. El Gobernador Martínez se mostró reticente, pero la intervención del Barón de Bastrop insistió en su carácter de ex súbdito español, garantizado por su pasaporte de 1797. También jugó un papel el hecho de que pretendiera asentarse en territorio al norte de San Antonio, pues el Ayuntamiento consideró que el establecimiento significaría protec-

⁴ Hacia finales del siglo XVIII existían en Tejas cuatro presidios: Adais, San Agustín, Bahía y San Antonio de Béjar. Este último aparece en mapas y comunicados del México pre y post independiente, indistintamente como "Béjar" o "Bexar"; hoy en San Antonio, Texas.

ción para la ciudad. Martínez, aceptó la solicitud de Austin, y la remitió al Comandante en Chihuahua, con una recomendación para su aprobación.

El complejo mundo de los contactos internacionales

La victoria inglesa, en la Guerra de los Siete Años, que la había convertido en verdadero imperio con la obtención del Canadá, y las Colonias Francesas en la India, afectó el equilibrio europeo e hizo más amenazante la presencia inglesa en América para el Imperio Español. Esta situación se hizo aún más compleja cuando Francia, en 1778, convencida de la factibilidad de éxito, decidiera apoyar a las colonias inglesas que luchaban por su independencia. España fue invitada como aliada francesa, pero tardó en decidirse por el temor de la influencia que pudiera tener en sus propias colonias. Al fin, en 1779 se adhirió con la esperanza de recobrar Gibraltar y Menorca, perdidos en el Tratado de Utrecht en 1713.

Inglaterra quedó aislada, pues Holanda se unió a los aliados y Suecia, Dinamarca y Rusia, constituyeron la Liga de Neutralidad Armada. En 1782, el Gobierno inglés decidió dar fin a la costosa contienda y reconoció la existencia de la Confederación de Estados Unidos de América. Un año después, se firmó el Tratado de París, en el que Gran Bretaña se vio obligada a ceder Senegal y Tobago a Francia y Menorca y las Floridas a España. Esto hizo a España dueña de todos los litorales del Golfo de México, ya que desde 1763 había obtenido la Louisiana. En el tratado, España no reconoció a Estados Unidos como nación soberana, pero intercambió representantes diplomáticos, que no tardaron en ser elevados a la categoría de plenipotenciarios.

La colindancia no tardó en causar problemas, tanto por la necesidad de los norteamericanos de utilizar Nueva Orleans, para embarcar sus productos, como por las constantes incursiones en las Floridas con pretexto de invasiones indígenas.

La Revolución Francesa cambió la estructura de alianzas. En primer lugar podía haber comprometido grandemente a los Estados Unidos, que habían firmado un Tratado de Amistad y Comercio con la monarquía francesa, cuidaron de evadirlo, aunque cuando les convenía colaboraban con los revolucionarios, como en el caso del intento por insurreccionar la Louisiana en 1793.

Con el establecimiento del gobierno revolucionario y de la ruptura de la tradicional alianza borbónica, España se vio comprometida en una desgastante lucha. Debilitado, endeudado y con una administración inefi-

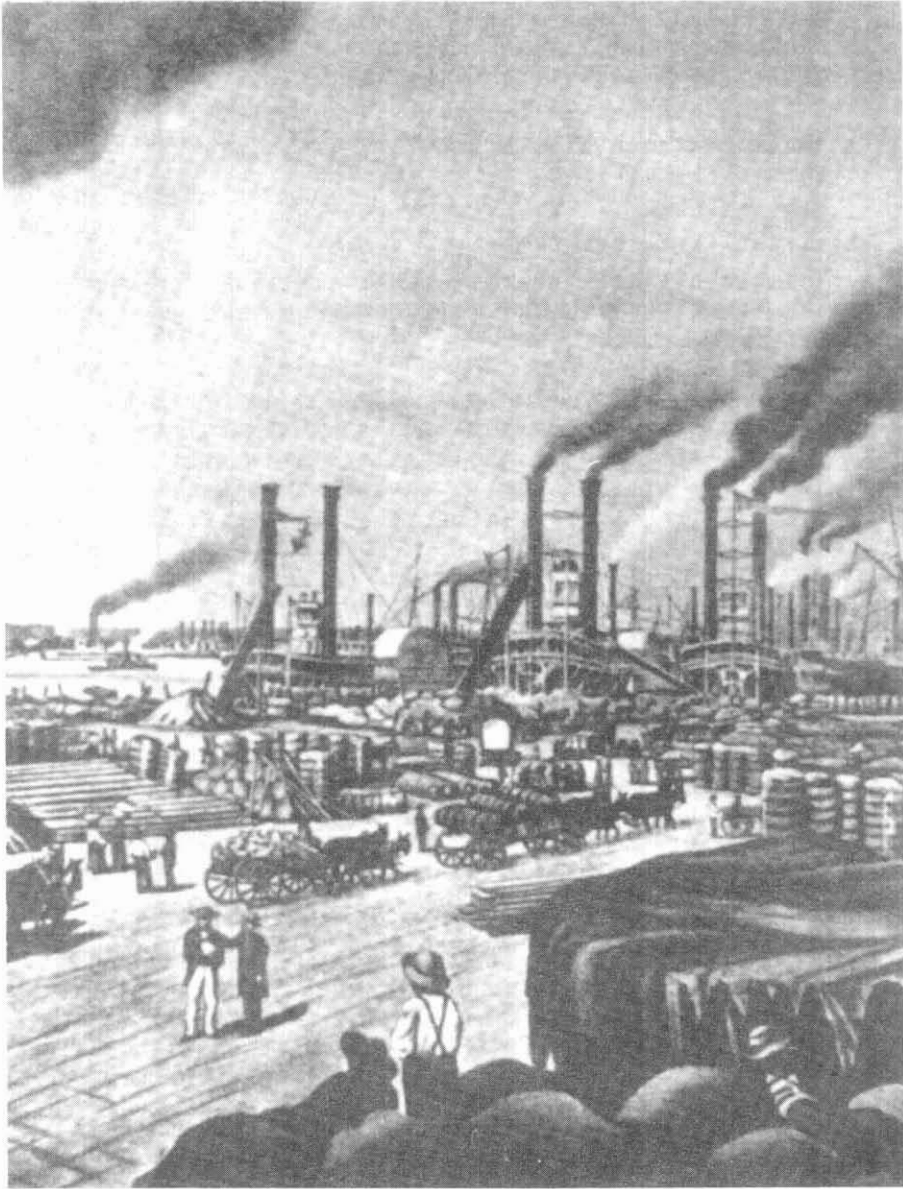
ciente, al recibir la visita del enviado norteamericano Thomas Pickney, en 1795, el Gobierno español aceptó firmar el Tratado de San Lorenzo (Pickney's Treaty), en el que accedía a todas las peticiones norteamericanas. Concedía el derecho de navegación libre por el Mississippi y de embarque en Nueva Orleans y, por error geográfico, la frontera en el paralelo 31, con lo cual pasaron a los norteamericanos los fuertes que protegían los puertos de Mobile y Nueva Orleans. Por si fuera poco España se comprometió a evitar las incursiones indígenas hacia territorio norteamericano, cláusula imposible de cumplir y base para las reclamaciones que le harían perder las Floridas.

Para 1796, la errática administración española se había convertido en aliada de Francia y, por tanto, enemiga de la Gran Bretaña. Las consecuencias no se hicieron esperar. En primer lugar, en la batalla de Trafalgar, la flota británica destruyó casi toda la española y después, en 1800, por el Tratado secreto de San Ildefonso, Francia la obligó a devolver la Louisiana, y una cláusula garantizaba que, en caso de nueva transferencia, España tendría prioridad en la adquisición; pero en 1803 Napoleón Bonaparte la vendió a Estados Unidos por ochenta millones de francos sin respetar la cláusula. En la venta, Francia aseguró que la Louisiana llegaba hasta el Río Grande del Norte, falacia que causó la ira del Gobierno español, pero su debilidad hizo inútil la protesta⁵. El Presidente Jefferson, expansionista nato, aunque ansioso por hacer realidad la apropiación de Texas, sabía perfectamente que era necesario entablar negociaciones con España, sobre la vaga frontera, por lo cual ordenó a James Monroe, en julio de 1803, proceder rumbo a la corte de Madrid. Entre las instrucciones, se incluyó la de tratar de obtener también las Floridas. España no se mostró condescendiente, y dadas las constantes intromisiones norteamericanas en las Floridas, en varias ocasiones hubo peligro de declaración de guerra.

La debilidad española y el poderío napoleónico, desembocaron en los eventos de 1808, en que la rivalidad entre Carlos IV y Fernando VII, terminó en la abdicación de ambos en favor de Napoleón. La invasión de las tropas francesas daría lugar a una lucha popular por la independencia, ocasión oportuna que sería aprovechada por las colonias españolas para conquistar su autonomía y por los Estados Unidos para avanzar sobre la Florida occidental.

España quedó escindida. El pueblo se negó a reconocer como legítimo a José Bonaparte, y aparecieron "juntas" que lo representaban. Este

⁵ George L. Rives, *The United States and Mexico, 1821-1848. A study of the relations between the two countries from the independence of Mexico to the close of the war with the U.S.* Nueva York, Scribner's, 1913, pp. 12-13.



Con el Tratado de San Lorenzo, los norteamericanos obtuvieron del gobierno español, el derecho de embarque en el puerto de Nueva Orleans.

hecho convirtió ahora al pueblo español en aliado de Gran Bretaña, lo que significó un nuevo compromiso con los Estados Unidos, pues cuando éstos declararon la guerra a su ex Metrópoli en 1812, los norteamericanos aprovecharon la ocasión para anexarse definitivamente la Florida occidental. El Gobierno Liberal Español, sostuvo un agente en Estados Unidos, Luis de Onís, pero no fue reconocido sino hasta después de la restauración monárquica en 1815, cuando Fernando VII le reconfirmó el cargo. Onís se apresuró a presentar la queja sobre el asunto de la Florida, la venta de armas a las colonias rebeldes, y la libertad que se daba a los hispanoamericanos para contratar mercenarios. Además planteó el problema de la frontera de Texas, que popularmente los norteamericanos seguían considerando parte de Louisiana.

Después de largos forcejeos diplomáticos, los Estados Unidos aceptaron entablar negociaciones. El Secretario de Estado, John Quincy Adams, presionó por la obtención de las Floridas y de extender la frontera occidental hasta el Río Grande del Norte, pero Luis de Onís pudo probar, con documentos, la posesión española de Texas hasta el Río Sabinas. Después de que en varias ocasiones se empantanaran las pláticas, una nueva invasión dirigida por el general Andrew Jackson a la Florida oriental, convenció a Onís la conveniencia de venderla a cambio de acordar una frontera definida con la Nueva España⁶.

El convenio no se firmó hasta el 22 de febrero de 1819, y se conoció como Tratado Transcontinental o Adams-Onís. En realidad resultó una victoria para los Estados Unidos, a pesar de los ataques que recibió "por haber cedido Texas". España abandonó los títulos que tenía en la costa norte del Pacífico, por sus exploraciones durante el XVIII y accedió a fijar la frontera de Nueva España en el paralelo 42, lo que permitiría a los Estados Unidos reclamar derechos al territorio al norte. La frontera en disputa se fijó en el Río Sabinas (o Sabina), siguiendo el Río hasta el paralelo 32, de ahí en línea recta hasta el Río Rojo, y luego hasta el Río Arkansas, para continuar en línea recta hasta el paralelo 42. El pago de 5 millones por la cesión de las Floridas, se abonó a las reclamaciones norteamericanas. Antes que nada, el tratado significaba el primer paso en el patrón de tomar territorio por la fuerza, y después negociar su cesión. La ratificación del tratado tuvo lugar apenas unos días antes del Plan de Iguala, lo que no dejaba de ser una ironía.

⁶ Luis de Onís, *Memoria sobre las negociaciones entre España y los Estados Unidos de América*. México, Jus, 1966, p. 94.

Estados Unidos ante la independencia de las colonias españolas

Es difícil caracterizar la política norteamericana hacia hispanoamérica, por la complejidad de la situación que prevalecía desde la Revolución Francesa. Antes de 1808, el primordial interés norteamericano era el comercio, y en especial, evitar que la Gran Bretaña, aliada de España, lo monopolizara. Pero Jefferson se percató también de que se había abierto la oportunidad para la independencia hispanoamericana y decidió enviar agentes a México y Cuba para transmitir, por los medios adecuados, un vago mensaje:

Si eligen declarar su Independencia no podemos comprometernos a hacer causa común con Uds., pues debemos mantener reserva y actuar de acuerdo a las circunstancias existentes; pero en nuestra conducta estaremos inclinados por la amistad, por el firme sentimiento de que nuestros intereses están íntimamente ligados y por una honda repugnancia a verlos bajo la subordinación, política o comercial a Francia o Inglaterra⁷.

La idea fundamental era la exclusión de los poderes europeos del continente, es decir, en esencia, lo que constituiría más tarde la doctrina Monroe. Pero asuntos más importantes para los Estados Unidos distrajerón la atención prioritaria, y ni Jefferson ni su sucesor convirtieron el asunto de la Independencia en una política concreta, por lo que todo quedó en una vaga solidaridad hemisférica que no implicaba compromiso. A pesar de que prevalecía el prejuicio de la incapacidad de los hispanoamericanos para el autogobierno, agentes especiales comerciales o consulares diseminaron propaganda republicana, repartiendo constituciones y folletos alusivos. Mientras tanto, las desvertebradas noticias que se esparcían, iban creando la imagen de Hispanoamérica como región exótica, en donde la ignorancia y el fanatismo estaban unidas a riquezas incalculables. Para satisfacer la demanda de información se despacharon misiones de espionaje, como la de William Shaler en Veracruz y Habana y Joel R. Poinsett en Buenos Aires, Chile y Perú. Se nombraron cónsules para atender las necesidades de su comercio, pero no se admitieron los de los gobiernos independentistas, para no tener que extender un reconocimiento que los comprometiera con los poderes europeos. En cambio se permitió, como ya mencionamos que los agentes de los países hispanoamericanos contrataran libremente compra de armas y mercenarios.

Aisladamente, por convicción, o por temor a la influencia de los británicos algunos individuos les expresaron simpatía y presionaron por

⁷ Arthur P. Whitaker, *The United States and the Independence of Latin America, 1800-1830*. Baltimore, The John Hopkins Press, 1941, p. 42.

Joel R. Poinsett, al frente de la misión informadora del gobierno norteamericano.



una política más decidida en favor de los rebeldes del sur, que gozaban de influencia entre los independentistas. La propia Cámara de Representantes, a fines de 1811, nombró un Comité sobre las Colonias Hispanoamericanas que pidió, al Secretario de Estado, la información que se tenía sobre los movimientos revolucionarios y los cambios efectuados en las relaciones. Con dicho material se redactó una declaración pública en la que se expresaba la satisfacción de que los hispanoamericanos ejercieran sus derechos al independizarse, insinuando que debían "formar gobiernos federales con un plan representativo", asegurando que "el Congreso se unirá al Ejecutivo, para establecer con ellos relaciones tan amistosas e intercambio comercial hasta donde lo permita el ejercicio de la autoridad legislativa."⁸ El pronunciamiento claramente fijaba las condiciones en las que se basarían las relaciones futuras: el comercio y la adopción del régimen republicano.

Esa declaración pública del Congreso pareció anunciar que los Estados Unidos tendrían un papel activo en la independencia de las colonias

⁸ *Ibidem*, p. 82.

españolas, pero la guerra con Gran Bretaña en 1812, cambió la situación. Las ambiciones expansionistas se desataron y el interés se concentró en exigir el Canadá británico, y las Floridas y Texas españolas. Al mismo tiempo se interrumpió el comercio con el Imperio Español, lo que afectó a los movimientos liberadores por la falta de venta de armas. Después de firmada la paz, en cambio, habría sobreoferta de armas y de soldados desmovilizados, listos para engancharse en cualquier aventura a la que se les invitara.

Pero casi al mismo tiempo finalizaba la era napoleónica, y los Tratados de Viena y la formación de la Santa Alianza, iban a transformar la arena diplomática. Para los Estados Unidos significaba el fin de la era privilegiada, que les había permitido estabilizar sus instituciones y desarrollarse, sin la interferencia de los países europeos, demasiado ocupados en combatir a los regímenes franceses. España, tan debilitada por las constantes guerras, parecía fortalecida por el pacto absolutista, lo que obligaba a la joven república a ceñir sus prioridades. Se sabía que Fernando VII, desde el Congreso de Aquisgrán (1818), trataba de obtener la ayuda de la Santa Alianza para someter a sus colonias rebeldes. Así, a pesar de las voces que simpatizaban con independencia hispanoamericana, por principio y por interés comercial, el gobierno sólo otorgó a los independentistas unas migajas de apoyo: la autorización de la entrada de barcos con banderas insurgentes a puertos norteamericanos (1815), y la inclusión en el Decreto de Neutralidad (1818), de la cláusula que prohibía a poderes extranjeros aumentar la fuerza de sus barcos de guerra en puertos de Estados Unidos, para hostilizar a cualquier colonia o nación. Política tan poco definida sólo sirvió para que España protestara; Francia y Rusia pensaron que los Estados Unidos iban a reconocer al Gobierno de Buenos Aires, que había logrado estabilidad, y que los hispanoamericanos temieran que en las pláticas con su metrópoli, se había comprometido un posible apoyo.

Mientras los países europeos, grandes y chicos, luchaban por acomodar sus intereses comerciales en el Nuevo Mundo, con los principios legitimistas de la Santa Alianza, Gran Bretaña había conquistado la preeminencia en Brasil, abierto al comercio desde 1818, lo que despertaba en los Estados Unidos la obsesión de que lo mismo pudiera suceder con el resto de América. Pero no podían comprometerse abiertamente en contra de una España, apoyada por los firmantes del Congreso.

Para los insurgentes mexicanos, la promesa norteamericana lo era todo. Más tarde, don Carlos María de Bustamante, recordaría cómo ingenuamente los insurgentes “creían tan justo, tan sensible y filantrópico” al

Gobierno norteamericano, que no dudaban de su ayuda⁹. Ellos asumieron que los Estados Unidos, por haber sido colonias y estar comprometidos por la libertad, eran sus aliados naturales, pero además, como vecinos, estaban a mano y sus nacionales no tardaron en ofrecer venta de armas, aunque a precios exorbitantes¹⁰. Don Miguel Hidalgo, desde el 13 de diciembre de 1810, había nombrado a Pascasio Ortiz de Letona, representante ante el "Supremo Congreso de los Estados Unidos de América", con amplios poderes para arreglar "una alianza ofensiva y defensiva, Tratados de Comercio, útil y lucroso para ambas naciones, y cuanto más convenga a nuestra mutua felicidad."¹¹ El plenipotenciario no tardó en ser descubierto y optó por el suicidio. Pero hubo otros agentes, Ignacio Aldama y el fraile Juan Salazar partieron con barras de plata para comprar armas y contratar mercenarios, pero fueron descubiertos al llegar a San Antonio de Béjar. El único que cumplió con la meta de llegar a Washington, fue Bernardo Gutiérrez de Lara, nombrado cuando los primeros insurgentes iban huyendo hacia el norte. En su entrevista con James Monroe se percató de las intenciones expansionistas de Estados Unidos y decidió actuar por su cuenta, aunque al final serviría a los mismos intereses.

La segunda fase de la lucha insurgente, dirigida por el pragmático Morelos, mantuvo la misma ingenuidad. Entregó su confianza para negociar con el Gobierno norteamericano, en varios comerciantes y aventureros norteamericanos, de los que la favorable coyuntura había atraído y que cobraron caro "sus servicios". También lo rondó el aventurero cubano Joseph Alvarez de Toledo, quien inspiró muchas de sus primeras ideas diplomáticas, y que no tardó en pasar al servicio de los españoles¹². El propio Morelos se daría cuenta de su candidez, y más tarde, cuando consideró que el movimiento estaba firme (1813), pensaba que había sido absurdo comprometerse a ceder la provincia de Texas, como querían los norteamericanos, cosa que había aceptado cuando estaba "en aquel estado de aflicción."¹³ Ya en el ocaso de su empresa, Morelos confió la tarea diplomática a José Manuel Herrera, quien llegó a Washington, cuando el gran líder había sido capturado, lo que lo hizo considerar terminada su misión.

⁹ Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985, I, p. 158.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ "Poder conferido por el cura Hidalgo a Pascasio Ortiz de Letona. Guadalajara, 13 de diciembre de 1819". J. E. Hernández y Dávalos, *Historia de la Guerra de Independencia de México*. México, INEHRM, II, pp. 297-298.

¹² Guadalupe Jiménez Codinach, ed., *Pliegos de la Diplomacia Insurgente*. México, Senado de la República, 1982.

¹³ "Morelos al Mariscal Intendente Ignacio Ayala. Cuartel general en Yanhuatlán. 17 de febrero de 1813". Hernández y Dávalos, *op.cit.*, IV, p. 859.



José Manuel Herrera,
Ministro de Relaciones
Exteriores durante la
regencia y el imperio
de Iturbide.

De todas formas ningún enviado hubiera conseguido otra cosa que una vaga simpatía. Lo único firme, en la política norteamericana, era su objetivo de aprovechar la coyuntura para favorecer su comercio y ensanchar sus fronteras, excluyendo del continente toda influencia europea. El pragmatismo de sus nacionales hizo que a partir de 1815, marineros, aventureros, comerciantes y agentes publicaran cartas, informes y hasta libros para informar, en especial por Sudamérica, pues las noticias de Nueva España eran menos abundantes, quizá por el control que había logrado el Gobierno español después de 1816. México no ganó verdadera atención hasta la aparición, en 1824, de las famosas *Notas sobre México, hechas en el otoño de 1822*, de Poinsett, a las que siguieron por lo menos media docena¹⁴.

¹⁴ William D. Robinson, *Memoirs of the Mexican Revolution*. Filadelfia, 1920; W. Bullock, *Six months residence and travels in Mexico*, Londres, 1824; John Milton Niles, *A View of South America and Mexico, by a citizen of the U.S. Harford*, 1825; Mark Beaufoy, *Mexican Illustrations founded upon facts*. Londres, 1828; R.W.H. Hardy, *Travels in the interior of Mexico in 1825, 1826, 1827 & 1828*. Londres, 1828; T. Penny, *A Sketch of the Customs and Society of Mexico (1824-1826)*. Londres, 1828; H.G. Ward, *Mexico in 1827*. Londres, 1828.

El público y los políticos prestaron gran atención, lo que moderaría lentamente la cautela del Gobierno norteamericano.

A pesar del ímpetu de Henry Clay, por convencer a los norteamericanos de que apoyaran la causa de la independencia para "aumentar el apoyo, la esperanza y confianza de los amigos de la libertad en todo el mundo"¹⁵, su empresa tenía que vencer grandes obstáculos; uno era el temor de despertar la animosidad europea que frenaba al Gobierno, y el otro, el desdén tradicional hacia los hispanoamericanos, que había hecho afirmar a John Randolph que "la lucha por la libertad en Hispanoamérica resultará algo semejante a la libertad francesa, un detestable despotismo."¹⁶

Pero los acontecimientos se impusieron. De improviso, la gran expedición española que debía someter a los independentistas sudamericanos, en lugar de partir, se había pronunciado e impuesto un régimen liberal en España, y la Nueva España, aparentemente pacificada, se independizaba en 1821. Todo ello hacía tangible la consolidación de la Independencia de Hispanoamérica y exigía una reconsideración de los acontecimientos. Ahora, Henry Clay encontraba eco y, por su iniciativa, el Congreso adoptaba una resolución que expresaba el "profundo interés" de Estados Unidos en el éxito de la lucha hispanoamericana.

Gran Bretaña, tan interesada en mantener la independencia de las colonias, pretendía la reconciliación de España con sus colonias, al igual que la Santa Alianza. Tanto Rusia como Gran Bretaña habían enumerado, desde 1817, las condiciones de su mediación: abolición de tráfico de esclavos, amplia amnistía, derechos para los criollos y comercio libre¹⁷.

John Quincy Adams recomendaba cautela al Presidente James Monroe, pero aún se temía que la Santa Alianza actuara contra el régimen liberal en la península, y apoyara la reconquista de las colonias. Monroe mantenía el objetivo jeffersoniano de desplazar la injerencia europea en el continente, a través del fomento del republicanismo, como sistema político, en los países recién independizados. Con esta premisa, estaba en peligro México, que había optado por la monarquía. La cautela aislacionista de Adams, parecía predominar en julio de 1821, pero Monroe se iba alejando de esa posición, y favorecía otorgar el reconocimiento. En su mensaje del 8 de marzo de 1821, Monroe sostenía que Chile, Colombia, Perú, México y La Plata, tenían derecho al reconocimiento, aunque aclaró que se haría dentro del marco de la neutralidad, es decir, sin arriesgarse en apoyarlas para sostener su independencia:

¹⁵ Citado por Whitaker, *op. cit.*, p. 345.

¹⁶ *Ibidem*, p. 183.

¹⁷ Manfred Kossok, *La Santa Alianza y la independencia de Latinoamérica*. México, Cartago, 1981, p. 67.



El presidente James Monroe, favorecía otorgar el reconocimiento a la nueva nación.

Al proponer esta medida no se contempla ni el más ligero cambio en nuestras relaciones con los dos partidos, sino que se observará como hasta ahora, si la guerra continúa, la más perfecta neutralidad hacia los dos¹⁸.

Para mayo de 1822 el Congreso había dado su aprobación y para junio, Monroe recibía oficialmente al representante de Colombia, el primer país en ser reconocido. El presidente mantuvo cautela hacia México, por haber optado por la monarquía, por lo que decidió enviar un agente especial que le informara sobre las condiciones reales del país, que estaba listo a reconocer, confiado en que Iturbide renunciara al carácter hereditario de la monarquía, o tal vez fuera depuesto. Joel R. Poinsett, elegido por su experiencia en Buenos Aires, Chile y Perú, resultó una excelente elección, pues se percató de las fuerzas que estaban contra el Emperador, por lo que emitió un informe negativo. No obstante, en el ínterin, al llegar el representante del Imperio Mexicano a Washington, Monroe decidió extender el reconocimiento en diciembre de 1822.

¹⁸ James D. Richardson, *A compilation of the Messages and Papers of the Presidents*. Nueva York, Bureau of National Literature, 1897, II, pp. 685-687.